

Vivir el día a día y no al día

Nos hemos acostumbrado a no abrazar, a no besar y, en líneas generales, a socializar con nuestro entorno mucho menos que antes. Nos hemos acostumbrado a ir a casa, a subir con mascarilla, a rechazar quedarnos a comer, a estar con la ventana abierta y a mantener la distancia social que este año y medio tan bien hemos aprendido a calcular.

Nos hemos acostumbrado a sentirnos culpables al decir los nombres de nuestros familiares y amigos. Esas personas con las que estuvimos, nos olvidamos un poquito de la situación actual y nos dejamos llevar por la añoranza de esa normalidad que ya hasta pilla lejana. Esa normalidad que no te cansas de comentar que llegará. Primero dirás que será para abril, luego ya para agosto y terminarás aspirando a que mínimo llegue para diciembre. Lo importante es que llegue y a poder ser, más pronto que tarde. Pero que llegue.

Nosotros, que somos seres sociables por naturaleza, hemos empezado a encontrar la paz en la soledad, en los lugares tranquilos y poco concurridos, en esa naturaleza que más de uno tenía hasta olvidada. Hemos descubierto zonas de nuestro alrededor que no habíamos ni pisado y hemos vuelto a disfrutar de aquellos lugares pocos transitados hasta el momento y que por cercanía teníamos hasta poco valorados.

Este año y medio hemos hallado la solución con los nuestros, en petit comité y como hacía años que no estábamos. Hemos vuelto a la música en directo, pero en lugares pequeñitos, en acústico y sin grandes parafernalias. Hemos vuelto a los planes sencillos, a elegir siempre casa para así no arriesgar y por qué no decirlo, hemos vuelto a tener miedo.

Y es que, en estos años hemos rechazado tantas escapadas con amigos, tantas comidas con compañeros y tantos cafés que terminan en cubata, que hasta nos hemos acostumbrado a decir no y a asumir que siete días en casa en soledad pueden llegar a convertirse en una terapia de encontrarse a uno mismo.

En los últimos meses nos hemos ido acostumbrando a vivir el día a día, pero, sobre todo, a vivir al día. Asumiendo cambios de última hora, noticias que te dejan de piedra y alguna que otra despedida repentina que no ha dado tiempo ni a asimilar.

Y, a pesar de que todos nos hayamos acostumbrado, en mayor o menor medida a todos estos cambios, estamos deseando volver a besar, a abrazar, a quedar a desayunar, a comer y si hace falta alargar hasta cenar. Queremos volver a cantar en la primera y en la segunda sesión y sin sillas, que aunque se nos haya olvidado bailar, las ganas lo pueden todo. Queremos viajar respirando tranquilamente, relajando la mente y ahuyentando los miedos que a veces acechan. Queremos volver a estar todos, sin ninguna ausencia, haciendo aquello que hemos ido dejando de hacer.

Susana Pérez Morláns